



L.C.
166



ROMANCE NUEVO
DE
**DON MANUEL DE CONTRERAS
Y DOÑA TERESA DE RIBERA.**

PRIMERA PARTE.

Reférese como este caballero la sacó de un convento de la ciudad de Salamanca, y partiendo á Córdoba fue muerto en Sierra-Morena por un hermano de la dama, y ella desengañada se retiró á una cueva; con lo demás que se espresa.

En las ásperas montañas
de Guadalupe, que vuelan
por el orbe sus noticias,
cuya intrincada aspereza
quiere competir al cielo

en sus marañadas guedejas:
formando un bosque sombrío
con tantos robles y breñas.
Un pastor ya se dejaba
en su aprisco las ovejas,

18027

y pasaba cuidadoso
á una aldea de allí cerca,
y para llegar mas presto
va por escusadas sendas,
cuando impensadamente
le sofocan y amedrentan
unos écos, que con ayes
dan de algun presagio señas.
Quedóse el pastor confuso,
y llegándose mas cerca
vió una hermosísima dama
que dudaba en su belleza
si era Palas en el monte
ó era la hermosa Minerva,
siendo en extremo tan linda
que el mismo cielo la ostenta.
Un sol parecia el rostro
acompañado de estrellas;
siendo rojas sus mejillas,
dos soles consigo lleva:
dos carbunclos son sus ojos
que brillan con luces bellas:
tiene la luna en su frente,
y es de oro su madeja,
garzota que á muchos hombres
pudo servir de cadena.
Orilla de sí tenia
una famosa escopeta,
y un hombre muerto en sus brazos
cuyas heridas perversas
con la púrpura que vierten
manchan las flores y yerbas:
estando la triste dama
toda en lágrimas deshecha:
y si el llanto en la hermosura
suele estragar la belleza,
tambien las lágrimas suelen
perfeccionarla mas bella.
Con lastimosos sollozos
esta señora se queja,
mirando al yerto consorte,

decía de esta manera:
¡noble dueño de mi vida,
amada y querida prenda,
imán de mi corazon,
de mi alma y mis potencias!
si tú has muerto por mi causa,
tambien es razon yo muera;
pues veo en tí, amado dueño,
la luz de mis ojos muerta.
Veo quebrado el espejo
donde me miraba atenta:
y veo ya el sol eclipsado,
pues de tu rostro se ahuyenta:
miro el clavel deshojado;
cuando yo aguardaba tierna
el descanso de tus brazos,
y hoy los míos manifiestan
ser un funesto teatro
dónde la muerte se hospeda.
Ya se acabaron mis gustos,
ya mis congojas se aumentan,
llegó ya el fin de mis glorias,
ya mis desdichas empiezan,
murieron mis esperanzas
y renacen mis tristezas.
¿Dónde hallaré yo consuelo
á tanto tropel de penas?
Solo el morir es remedio;
ó muerte, cómo no llegas!
Aves, fieras, animales,
á vuestra ambicion hambrienta
sirva mi cuerpo de pasto,
dividid mis carnes tiernas:
tierra, cómo no te abres!
que allá en tus entrañas densas
quiere verse sumergida
quien tanto el morir desea.
Estas palabras decia,
y entre sus brazos le aprieta:
y al mirarle el rostro helado,
allí se quedó traspuesta:

llegó á este tiempo el pastor,
diciendo: señora, ea,
vuelve en tí mira y repara
quien á socorrerte llega.
Mas viendo que no responde,
la toma con diligencia
en sus hombros, y á un convento
de monges, que está allí cerca,
la llevó, donde al prelado
con requisito la entrega,
y los padres le dan remedios
con muchísima presteza.
Al cabo de breve rato
de continuas diligencias
volvió en sí la hermosa dama
toda en suspiros envuelta:
todos á un tiempo le piden
que de la suerte que pueda
les cuente su amarga historia
que ya desean saberla.
Formando un nuevo suspiro
les respondió muy discreta:
no puedo negarme, padres,
siendo justa la obediencia,
á referir mi suceso
si acaso el dolor me deja,
pues es tanta mi afliccion
que el corazon me atormenta.
La muy noble Salamanca
esa es mi patria y mi tierra;
nací de muy nobles padres,
mi nombre propio es Teresa.
Apenas cumplí tres lustros
(aquí mi desdicha empieza)
murieron mi padre y madre,
Dios en el cielo los tenga.
Bajo el poder de mi hermano
quedé, y al instante ordena
el entrarme religiosa,
y yo fuí de ello contenta:
en este tiempo, ay de mí!

un caballero, qué penal
galan, discreto y bizarro,
que es Don Manuel de Contreras.
Este á mi hermano le dió
la vida en una pendencia:
y mi hermano agradecido
lo llevó á casa, y apenas
entra, me mira y le miro,
amor disparó una flecha
tan aguda, que quedamos
heridos de su violencia.
Creció nuestro amor de suerte,
que su ardor pasó á demencia,
pues reconoció mi hermano
de nuestro amor la fineza:
quitó á Don Manuel la entrada,
y enojado á mí me encierra
en un cuarto, no pudiendo
reprimir su violencia.
Me valí de una criada,
la cual una noche ordena
darle entrada á Don Manuel,
y en mi mismo cuarto entra,
en ocasion que á mi hermano
el recelo no le deja
sosegar, pues se levanta
y á mirar la casa empieza.
No fue mucho su silencio,
porque al abrir una puerta
lo sentimos, y al momento
Don Manuel con ligereza
quiso ausentarse, mas fue
pública la diligencia,
porque al salir á la calle,
(aquí mi desgracia empieza)
se disparó una pistola
y pregon fue de mi flaqueza:
creció en mi hermano la furia,
reconociendo su afrenta:
pasando de sospechoso
á tener clara evidencia,



de los cabellos me arrastra
llevado de su soberbia.
A la mañana siguiente
trató mi hermano, qué penal
el llevarme, qué pesar!
á un convento, qué tristeza
violentada: qué tormento
para quien el alma deja
en cautiverio amoroso,
que es la prision mas eterna!
Mas como amor no paraba
de herirme en su aguda flecha,
correspondí con billetes,
que nunca faltan terceras
para aquestas ocasiones;
hallándome ya resuelta
á salirme del convento
por las tapias de una huerta.
Don Manuel apercebido
de buenas armas, me espera,
y un caballo que á los vientos
escede en la ligereza,
á las ancas me sentó,
y á Córdoba la opulenta
caminábamos, adonde
tenia su parentela.
Su intencion era en llegando
el darle al Obispo cuenta,
y lograr los esponsales;
pero nuestra suerte adversa
no permitió se lograra
una pretension tan buena,
frustrándonos para siempre
nuestro amor con violencia.
A este desierto llegamos
en el rigor de la siesta:
nos apeamos: y yo
causada de la molestia
del camino, me quedé
rendida al sueño, y apenas
se suspenden mis sentidos,

oí gritar con vehemencia.
Dispierto toda asustada,
la sangre helada en las venas:
oigo decir: ay de mi!
muerto soy sin resistencia
á vuestras manos traidoras;
adios, amada Teresa,
que ya de mi triste vida
llegó la hora postrera.
Acudí despavorida,
mas que viva, llegué muerta,
y hallo á mi amante en su sangre
manchando la tosca arena:
al ver yo tan gran desgracia,
le dije con mucha pena:
¿quién fue el ingrato homicida
que cometió esta insolencia?
Con voz profunda responde,
oye, mi desdicha es esta:
al sueño tú te venciste,
y yo á esta fuente risueña
por un poco de agua vine,
y estando sentado en ella,
divertido en sus cristales,
me acometen con violencia.
Tu hermano y cuatro traidores
son los que con gran soberbia
catorce heridas me han dado,
que ya por muerto me dejan:
tú del riesgo te libraste,
pues no hicieron diligencia
de buscarte, que unas voces
que oyen, á huir les empeña.
No siento mi muerte, no,
solo siento el que te quedas
en aquesta soledad
acompañada de fieras:
y pues me falta el aliento,
y la muerte ya me espera,
te pido que me perdones,
porque perdonada seas.

Con esto espiró en mis brazos,
quedando yo con tal pena,
descoyuntada al dolor
de mi desgraciada estrella.
Lo demás este pastor
podrá decirlo; y atenta
solo pido me permitan
el retirarme á una cueva,
vestida de toscas pieles,
en ella haré penitencia,
y acabaré de mi vida
lo restante que me queda.

Se lo otorgaron , é hizo
vida de un anacoreta,
en una pequeña gruta
toda al sentimiento hecha:
luego que marchò al retiro
aquella mansa cordera,
por el difunto enviaron,
y con solemnes exequias
sepulcro le previnieron;
y en otra parte el poeta
contará como acabó
Doña Teresa en la cueva.

SEGUNDA PARTE.

DE DOÑA TERESA DE RIBERA.

Finalizanse los lances que le acaecieron en la cueva, donde acabó su vida santamente.

Ya dije en la primer parte
como se quedó metida
Doña Teresa en la cueva,
siendo de Dios asistida;
despojada de sus galas,
no quiso mas compañía
que un devoto crucifijo,
calavera y disciplinas;
con un cilicio, y un libro
en que meditar solia.
Siempre en oracion estaba,
ayunando cada dia,
y al monte como las bestias
alimentarse salia,
dormiendo en el duro suelo
en aquella gruta fria.
Sin compostura el cabello,
pues de cuidarlo se olvida,
los ojos secos, sumidos
en llorar, y en las mejillas
ochos profundos canales
en el licor que vertian:

el rostro descolorido,
y las espaldas mal heridas.
Se mortificaba tanto,
que su cuerpo parecia
un esqueleto ambulante,
pues solo yerbas comia;
de tanto azotarse, el suelo
regado en sangre tenia,
y de estar arrodillada
llagadas ambas rodillas.
Era tanto su fervor,
que su corazon ardia
en fuego de amor divino,
llorando sus culpas mismas:
ya no se acuerda del mundo,
ni de sus vanas delicias,
que sus pensamientos todos
solamente en Dios tenia.
Tanta era su aspereza,
tanto en la virtud camina,
que una Catarina en Roma
pudo solo competirle:

á Egipcíaca y Magdalena,
que tanto la Iglesia admira,
ya Teresa en el dolor
y en el llanto las imita.
Pero el astuto demonio
lleno de mortal envidia
trabajó por derribarla,
y para mas persuadirla
tomó el traje y semejanza
de Don Manuel, que algun dia
era el galán de Teresa;
y para la cueva camina.
Llegó á la gruta en efecto
adonde Teresa habita,
llamándola por su nombre,
dice estas palabras mismas:
¡ó desgraciada hermosura,
qué grande fue tu desdicha,
pues naufragas en miserias
en lo mejor de tu vida!
Espejo en quien las virtudes
unas con otras se miran;
tú ajada y tan acabada!
cuándo tú tan abatida!
Y yo, de mí desgraciado,
sin sosiego noche y dia,
por no saber donde estabas,
siempre adquiriendo noticias.
Ahora pues que la fortuna
varió ya la suerte mia,
dando treguas al pesar,
quiso traerme á la vista
del dueño que mas adoro,
de la prenda mas querida
que mora en mi corazón
y en el alma se avecinda.
¡Quién eres tú, le responde,
que con tan tiernas caricias
me tratas sin conocerme?
¿Pues qué no me conocías?
mi bien, yo soy Don Manuel,
quien tanto por tí suspira,

quien blasonando de amante,
busca una joya perdida:
no hallarla fuera mi muerte,
y hallándola tengo vida,
y con la gloria de hallarla
me prometo las albricias.
No es posible ser quien dices,
que con ansias y agonías
en mis brazos espiró
por su desdicha y la mia.
Engañada estás, Teresa,
que aunque sin habla me veías,
no fui muerto, fue un desmayo
por la sangre que vertía;
para que mejor te conste
aquí las señales mira
de las heridas que tengo
curadas, sanas y fijas.
Cómo tan presto sanaste?
Bien la verdad averiguas:
un pastor que compasivo
acaso buscando iba
unas ovejas, me halló
sin habla, como veías;
y me trasladó á un lugar
que estaba de allí dos millas:
volviendo en mí, bien curado
me vide en muy pocos dias.
Fui á mi patria, y á mis padres
de todo les dí noticia,
y vuelvo á buscarte fino,
aun mas que el primero dia;
como á su dueña te esperau,
mejor diré como á hija.
Determinado aquí vengo
para que luego me sigas,
que esto es lo que te conviene,
no dilates la partida.
Ay, Don Manuel, que ya es tarde
Qual es la causa me digas.
El voto de castidad
que á Dios hice con fé vida,

este voto ya el cumplirlo
forzosamente me obliga.

El dice: Teresa amada,
pues con voluntad tú misma
no me diste palabra y mano
de casamiento, aquel día
en que saliste animosa
del encierro en que existias?
Verdad es lo que me dices.

Luego si tú con la mía
tu voluntad ya la tienes
con dulces lazos unida,
sábete de que ya estamos,
según las leyes divinas,
para con Dios desposados
desde los primeros días.
Jamás puede una muger
deliberar por sí misma,
y sin licencia del esposo
tal cosa no determina:
tú por muerto me tuviste,
pero teniendo yo vida
el voto queda sin fuerza
como la experiencia afirma.

Ella dice: esa es cuestión,
que primero nos obliga
cumplir á Dios la palabra,
pues en todo predomina;
es primero este precepto,
y no debo, cosa es fija,
cumplírtela, Don Manuel;
y mi razón se confirma:

saltando las bendiciones
que la Iglesia nos precisa,
queda todo enlace nulo;
y por esta causa misma
tengo ya hecho el dictámen
de pasar aquí mi vida
para servir á Dios solo,
grandeza suma é infinita.
El al momento responde,
Teresa, tú ya deliras:

á Dios sirve, á Dios agrada
la muger que con medida
á su marido le asiste
en la maridable vida:
mira que irritas al cielo,
y hasta el mismo Dios irritas.

Ay de mí! ya, Don Manuel,
me confieso convencida;
vuelve despues, que yo en tanto
quiero un rato recogida
mirarlo bien, para darte
de aquesto la razón fija:
y al punto se recogió
llorando á lágrima viva.

Al devoto Crucifijo,
hincada de ambas rodillas,
con mil afectos del alma
estas palabras decia:

á vos, celestial Pastor,
vuelve esta oveja perdida,
buscando vuestro rebaño,
pues sois autor de la vida.

Amorosisimo Padre,
esta pecadora hija
á vuestra clemencia apela;
y pues es tan infinita,
Señor, tu misericordia,
ampara á esta desvalida.

Pequé, Señor, contra vos,
ciega, torpe é inadvertida;
sois justiciero y piadoso,
no queráis sea perdida
la sangre, que por mí fue
en vuestra pasión vertida;
halle en vuestro dulce amparo
consuelo tanta fatiga:

dame luz para que acierte
y no camine perdida.

En esta súplica estaba,
cuando advirtió que venia
hacia ella un resplandor
de una blancura exquisita,



y que una voz venerable
decia con melodía:
no tengas temor, Teresa,
que vengo á darte alegría.
Oyéme sin sobresalto,
que yo soy el alma misma
de Don Manuel, que por tí
gozo de la gloria dichas:
Dios oyó tu peticion,
y así el mismo Dios me envia
para avisarte, Teresa,
del lazo en que estás metida.
Y para tu desengaño,
y que estés mas prevenida,
te digo que es el demonio
ese que te persuadia,
que tomando mi forma y trage,
con una infernal codicia
quiere llevarte consigo
á las infernales simas.
Ves al convento, y en él
haz las diligencias dignas
de cristiana, y luego vuelves
á este sitio y te retiras:
preservándote de los lazos
de ese autor de la mentira:
y con esto queda en paz,
Dios te ayude y Dios te asista.
Apenas se partió el alma
de este mundo á la otra vida,
el demonio que esta hecho
un centinela de vista,
volvió á entrar segunda vez,
diciendo: Teresa mia,
ese es el fiero demonio,
con maña muy discursiva,
y en sus lóbregas cabernas
quiere verte sumergida.

pues ser mi espíritu finge,
y que el mismo Dios le envia.
Dijole Teresa entonces:
luego tú, segun te esplicas,
dices no eres el demonio?
pues hínicate de rodillas,
pídele misericordia
á este Señor que nos mira,
para que se compadezca
de nosotros algun dia.
Y el demonio le responde:
eso no, no lo permita
jamás mi altiva soberbia
que yo me avasalle y rinda.
Pues vete, infernal dragon,
á las brasas prevenidas
que por tu soberbia tienes
en el abismo adquiridas.
Desapareció el demonio,
bramando como una hidra,
dejando todo el desierto
asombrado con sus iras.
Quedó Teresa pasmada
de lo que le sucedía,
y armada de su valor
para el convento camina:
confesó generalmente
y á la cueva se retira,
donde acabò santamente
al otro siguiente dia.
Los religiosos la hallaron
al cabo de algunos dias
difunta, y que todo el sitio
en fragancias trascendía:
al convento la llevaron
con la descencia debida,
y despues de las exequias
sepultura le destinan.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24,
donde se hallarán otros diferentes.*